

Juan Ramón Jiménez, la alegría por unos años republicanos que estaba convencida que remodelarían al país. Sus memorias se convierten, realmente, en una confesión. Que una joven refinada, venida de las filas más aristocratas y pudientes de la sociedad española de principios de siglo, se dedicara a gritar vivas a la república desde las páginas de su autobiografía, no podía ser más que una atrevida provocación o una imperiosa necesidad. Y fue lo último y derivó en lo primero. Necesitó justificar el porqué de su abandono de un marido desidioso que prefería vivir de su fortuna a ganarse la vida y su afecto, necesitó justificar sus deseos de trabajar y, en fin, necesitó justificar su amor por Ignacio Hidalgo de Cisneros, apuesto aviador republicano de piel morena y dientes blanquísimos, como ella misma recuerda. A Constancia de la Mora la primera persona autobiográfica le sirvió para expulsar muchos demonios de su infancia, adolescencia y de sus primeros años matrimoniales y le sirvió, sobre todo, para explicar un plan político que la había convencido. Se sintió republicana hasta el punto de considerar que el año 31 España había despertado de un largo letargo y dejó escritas afirmaciones como que «es preferible ser viudas de héroes que esposas

de cobardes». Los héroes eran los que defendía la bandera tricolor y los cobardes, los franquistas, siempre el maniqueísmo para explicar las dos posiciones de una guerra.

Risueña y algo ingenua en la exquisita formación de señorita que recibió en sus primeros años, hastiada y deprimida en los tiempos de su matrimonio con Bolín, un remilgado señorito andaluz; acabó por convertirse en una mujer combativa y comprometida con la causa republicana primero y con la comunista más tarde. En el texto hay acontecimientos que se convierten en símbolos que sitúan la escritura en una clara posición ideológica simpatizante con las izquierdas. Un caso de lo que decimos es la descripción del entierro del abuelo Maura:

«El entierro, al que solamente asistieron los varones de la familia, según la costumbre española, fue acompañado por muchísima gente; no tanta, sin embargo, como la que siguió al cadáver de Pablo Iglesias, el padre del socialismo español, que había muerto pocos días antes. Y las multitudes que iban detrás de las dos cajas de muertos no eran las mismas, tampoco».

La contraposición entre los entierros de Antonio Maura y de Pablo Iglesias marca claramente la intención del libro. Y si uno de

los valores del texto es una retórica acertada que agiliza la lectura, otro no menos importante es el atrevimiento de esta mujer que llega desde las elites más selectas del país y se sincera en el papel para decir que desprecia la clase en la que creció y que quiere luchar por que todo cambie. Ella procura trabajar, en el sentido literal del término, para que sea posible esa metamorfosis de los destinos del país.

Su lucha fue doble: política y personal, ya que se enfrentó a las líneas más conservadoras en lo que se refería a proyectos de futuro para el país, pero también a su familia, que vio, indignada e impotente, cómo se divorciaba y se casaba con Ignacio Hidalgo de Cisneros.

Hidalgo de Cisneros fue jefe de aviación de la España republicana. También escribió unas memorias, tituladas *Cambio de rumbo*, un texto que permite hacer una lectura complementaria de las memorias de Constancia. Coinciden los dos en el momento de su encuentro, en la afinidad de caracteres y de intereses y en la prefiguración de un modelo querido para España. En *Cambio de rumbo*, Hidalgo de Cisneros explicó, además, su amistad con Ramón Franco y cómo detesto a su hermano Francisco. Describió su relación con varias de las figu-

ras que escribieron la historia de la España contemporánea, como el general Sanjurjo —«siempre me pareció sencillo, modesto y sin ningún rasgo de señoritismo»— y el Francisco Franco ya mencionado «llegaba a la base siempre puntualísimo y siempre serio. Muy estirado, para parecer más alto y disimular su tripita ya incipiente. No recuerdo nunca haberlo visto sonreír ni tener un gesto amable o humano. Con sus compañeros del Tercio era igual o quizá más seco; se veía que lo respetaban y temían, pues como militar tenía mucho prestigio, pero sin la menor muestra de amistad o de afecto. Franco es antipático desde que era célula». Relata su participación en la sublevación frustrada de Cuatro Vientos, en Jaca, en el año 1930, su relación entusiasta con intelectuales y artistas destacados, como Federico García Lorca, Rafael Alberti, María Teresa León y destaca, claro, su encuentro con Connie:

«El caso de Constancia de la Mora, o, mejor dicho, el caso de Connie, como la llamaban todos, era muy poco común en su ambiente. Su padre, terrateniente y director de la compañía Electra, de Madrid, y su madre, hija de don Antonio Maura, jefe del partido conservador, eran típicos representantes de la alta burguesía española.

Cuando la conocí, Connie tenía veinticinco años. Casada a los veinte,

había tenido que separarse de su marido por razones que ella explica con mucha franqueza en su libro *Doble esplendor*. Vivía desde entonces en Madrid con su hija Luli, de cuatro años.

Esta parte de su vida no tenía nada de particular. Lo que sí comenzaba a ser extraordinario en aquellos medios sociales es que Connie, se ganase su vida trabajando en una tienda y prefiriese vivir modestamente, pero con cierta independencia, a hacerlo en la lujosa casa de sus padres, sin preocupaciones materiales, pero teniéndose que amoldar a costumbres e ideas con las que a veces no estaba conforme. Mas lo que terminó de asombrar a su familia y a sus amistades fueron sus firmes ideas políticas. No concebían que una mujer de su clase fuese una sincera y entusiasta republicana².

Constancia, para Ignacio, fue un hallazgo de modernidad. Ignacio, para Constancia, fue el amor y la República. Ese período se convirtió para ella en una *tour-nant de vie*, uno de aquellos momentos que hacen replantear a quien vive sus razones vitales y que suponen realmente un cambio de rumbo. Y por todo eso esta mujer idealizó aquel tiempo.

Doble esplendor tiene el valor de la sinceridad y la honestidad de

² Ignacio Hidalgo de Cisneros, Cambio de rumbo. Memorias, 2. La República y la guerra de España, Paris, Societé d'Éditions de la Librairie du Globe, 1964.

una mujer que había vivido intensamente los últimos años de su vida. Sin embargo, miraba el cuadro desde cerca. Es verdad, como Antonio Cruz González reclama en la reseña del libro escrita para el número de abril de 2005 de *El Viejo Topo* —la titula «Una mentira repetida llega a ser verdad»—, que se agradecería un comentario amplio del texto en el mismo volumen, una explicación algo más extensa que la que hace a vuelapluma Jorge Semprún en apenas las tres páginas de su prólogo de primo hermano. También es verdad que el libro peca de simplista en muchas interpretaciones políticas y que pone en juego numerosas figuras retóricas, valore el lector si esto es bueno —riqueza del discurso, mecanismos poéticos— o si es malo —deformación de las ideas, tergiversación de los hechos—. Sin embargo, como texto memorial, funciona, porque hace un dibujo de una época convulsa y muestra la perspectiva de mujer que dejó de ser. Dejó de ser de clase alta, dejó de ser conservadora, dejó de ser casada, dejó de ser ociosa, dejó de ser rica y dejó de ser remilgada, entre otras muchas cosas. Muestra también las facetas en las que se fue convirtiendo: madre, divorciada, casada de nuevo, comunista, dependienta, escritora. Hay que entender el

libro en su momento: 1939, cuando la guerra tocaba a su fin, pero convencida de que estaba a tiempo de recibir ayuda para que la II República siguiera luchando. Todavía no sabía ella que el bando con el que se identificaba perdería la guerra, que el general Franco se instalaría en el poder durante cuarenta años ni que, una vez terminada la dictadura militar, un pacto de transición devolvería al país una monarquía y no esa república que fue destituida por un golpe militar frustrado y acabado en contienda civil por la que ella había combatido. No sabía que la República que pervivió en el exilio se iría debilitando, no sabía que los países aliados, enfrentados al bloque fascistas de la II guerra mundial, irían olvidando los ideales republicanos porque se fueron confundiendo los términos —republicanos, anarquistas, comunistas, federalistas, todo venía a ser lo mismo— y el comunismo se convirtió en el enemigo durante la guerra fría. Y llegó un tiempo en que la República fue condenada al olvido, a un tibio pacto de contenido colectivo que implicaba hacer borrón y cuenta nueva. Volver a empezar y, para ello, retomar la monarquía que secularmente había regido el país. Es verdad que es un texto antiguo, cumple sesenta y cinco años, pero hay que leerlo como una pista histórica.

Fue el credo de un conjunto de españoles, fue una opción vital. ¿Fue una opción equivocada? Es muy probable. En cualquier caso, juzgarlo ahora resulta mucho más fácil porque somos espectadores privilegiados de la historia reciente, dado el tiempo transcurrido y los numerosos y variados testimonios ofrecidos. En cualquier caso, es un autorretrato con fondo histórico, un autorretrato favorecedor y partidista, claro, puesto que, como toda autobiografía, la escribe un yo convencido de que su vida sirvió para algo, de que estuvo allí y de que no hizo las cosas demasiado mal. Sirva la opinión, aunque sea para discutirla. Y vale.

Blanca Bravo

Sobre el carácter de lo imperceptible*

A mediados del 2005 se reeditó *La rompiente*, tercera novela de Reina Roffé. Habían pasado casi veinte años desde la primera edición, y la relectura me confirmaba

* Aves exóticas. Cinco cuentos con mujeres raras, *Reina Roffé, Leviatán, Buenos Aires, 2004, 64 pp.*